

CAMERON, AVERIL, *PROCOPIUS and the sixth century*, Duckworth (Classical Life and Letters), London 1985, XIII + 297 pp. + 4 mapas.

Desde hace más de veinte años la Profesora Av. Cameron viene dedicándose a una de las épocas más interesantes del mundo antiguo: el s. VI d. C. Habría que destacar de entre sus publicaciones la monografía, ya agotada, sobre *Agatías* (Oxford 1970), la edición con comentario, especialmente histórico, del *In laudem Iustini Augusti minoris o Panegírico de Justino II* de Coripo (London 1976) y el libro misceláneo *Change and Continuity in Sixth-Century Byzantium* (London 1981). En el libro que ahora reseñamos Av. Cameron estudia a Procopio de Cesarea, la fuente histórica principal del reinado de Justiniano (527-565 d. C.).

El libro se divide en tres partes. En la primera (pp. 3-46) se plantea la cuestión más importante de la monografía, a saber, que sus obras "menores", la *Historia Secreta* y *Los Edificios*, deben tener para el historiador moderno tanta importancia como su obra "mayor", las *Guerras*, en la valoración histórica que se haga de Procopio. La gran diferencia aparente entre las tres se debe a su diferente composición genérica, pues, mientras las *Guerras* pertenecen a la tradición historiográfica con las adaptaciones y variaciones propias de la época tardía, la *Historia Secreta* es una invectiva o *psógos* y los *Edificios* constituyen un auténtico panegírico. Las tres obras presentan la misma voz de Procopio en tres tonos diferentes de acuerdo con el género literario en el que se enmarcan. Asimismo, se analiza la obra de Procopio desde el punto de vista literario: son obras escritas en el más puro griego clásico y estaban destinadas a la élite culta de su tiempo; con razón se le tiene por el Tucídides de época bizantina, a quien intentó imitar, como el mismo escritor confiesa en el prólogo de las *Guerras*.

En la segunda parte (pp. 47-222) la autora estudia con más detenimiento la obra de Procopio y los problemas históricos que plantea. La *Historia Secreta*, descubierta en la Biblioteca del Vaticano en 1623, es el producto del desengaño de Procopio hacia el régimen de Justiniano. Viene a sumarse a otros autores que también criticaron la labor del emperador (cf. B. Rubin, "Zur Kaiserkritik Ostroms", *Studi bizantini e neoellenici* 7 [1953] 453-462; U. Stache, *In laudem Iustini Augusti minoris. Ein Kommentar*, Berlin 1976, 319-322), pero con el añadido de que su carácter de invectiva le acerca más a un libelo que a una monografía histórica. Todo lo contrario son los *Edificios*, una obra de teoría política idealizada. Si en la obra anterior Justiniano era el "príncipe de los demonios", aquí es el representante o imagen de Dios en la tierra, de acuerdo con el pensamiento político de la época; es decir, en los *Edificios* Procopio traza el ideal del emperador, mientras que en la *Historia Secreta* describe la triste realidad de Justiniano según la óptica resentida de su autor. Las *Guerras*, por otra parte, son valoradas por Av. Cameron en sus justos términos. No es un segundo Tucídides que busque las causas de los acontecimientos, sino un magnífico reportero con un estilo nada despreciable que informa de los hechos militares y políticos de su tiempo.

La parte tercera (pp. 223-266) sitúa al autor en su propio mundo de creencias y prejuicios. Procopio defiende las ideas de una aristocracia senatorial que no veía con buenos ojos las ideas y acciones renovadoras de Justiniano. El último capítulo, dedicado a examinar el pensamiento político del s. VI, viene a situar a Procopio dentro de la concepción teocrática que se tenía en su época sobre la realeza. En suma, la autora concluye diciéndonos (pp. 261-266) que Procopio escribió tres obras no diferentes en el fondo, que no tuvo como historiador una visión profunda de la situación política que

le tocó vivir y que no hay que analizar su concepción historiográfica desde presupuestos modernos. Ahora bien, desde Polibio no hubo historiador griego que escribiera mejor que Procopio.

Paso a comentar algunas cuestiones más concretas recordando de antemano que mis objeciones no empañan desde luego el enorme valor del libro para el conocimiento no sólo de Procopio sino también de todo el reino de Justiniano.

No sé a qué duendes invisibles se debe el hecho de que libros de papel de cierta calidad y formato envidiable se vean salpicados de esas insidiosas erratas que tanto molestan a nuestros ojos y a nuestro gusto. He aquí algunas muestras, donde se debe decir: Procopius' works (p. 29); with the Blues³⁰ (p. 75); Procopius (p. 78); Bruckner 1886 (p. 145, nota 79); Mango 1982 (p. 168, nota 135) no se desarrolla en p. 282; tampoco he encontrado la correspondencia de Flusin 1983 (p. 253); *Conclusion* (p. 266); "The date of the Cycle of Agathias" (p. 272); *Papers of the Liverpool Latin Seminar* (p. 274).

Para un incrédulo, como yo lo soy en cuestiones científicas, no hubiera estado de más demostrar con pruebas textuales que Procopio es un historiador clasicista (e. g. en pp. 33-46) especialmente cuando se analiza su estilo, de la misma forma que se demuestra con toda razón que el método historiográfico del de Cesarea no es tan racionalista como se quiere hacer creer, pues lo milagroso e irracional sustituyen en no pocas ocasiones al análisis histórico. Tampoco hubiera sobrado un pequeño análisis del estilo periódico de Procopio, parte esencial de la estructura narrativa de los historiadores, ni un estudio pormenorizado de algún discurso (p. 149).

En las alusiones que se hacen sobre la célebre plaga que azotó a Constantinopla a partir del año 542 (*Guerras* II 22-23) no se deslinda la realidad histórica de las exageraciones propias de los *topica* literarios. Así, son lugares comunes de las descripciones literarias de epidemias la imposibilidad material de enterrar a los muertos o lo sorprendente religiosidad de mucha gente (p. 128). Para demostrar que la descripción de la plaga era a *literary display* (p. 168) habría sido deseable alguna explicación sobre la tradición literaria en la narración de epidemias: Tucídides (II, 48-54), Lucrecio (VI, 1138-1286), Virgilio (*G.* III, 474-566), T. Livio (p.e. III, 6, 2-7), Ovidio (*Met.* VII, 523-613), Manilio (*Astr.* I, 880-895), Séneca (*Oed.* 110-201), Lucano (*Phars.* VI, 80-105), Silio Itálico (*Pun.* XIV, 580-617), Luciano (*Quom. hist. conscr.* 15), Amiano Marcelino (XIX, 9,4) y Coripo (*Ioh.* 338-379); remito a mi artículo "La Peste como motivo literario. A propósito de Coripo, (*Ioh.* III, 338-379)", *CFC* 19 (1985) 145-156.

Está bien que la Profesora Av. Cameron dedique algunas páginas a los pasajes de Procopio sobre Gran Bretaña (pp. 213-216), pero con mayor razón habría tenido también que aludir a la presencia de los bizantinos en el sur de la Península ibérica (cf. R. Sanz, "La intervención bizantina en la España de Leovigildo", *Erytheia* 6 [1985] 45-60). Fue decisiva, entre otras cuestiones, para la transmisión de textos bizantinos, como he indicado en otra parte (cf. "Sobre la historia del texto del *Panegírico de Justino II* de Coripo", *Revue d'Histoire des Textes*, en prensa).

En el capítulo catorce ("Procopio y el pensamiento político del siglo sexto") se echa en falta la teoría política de la obra de Coripo antes citada. Supongo que la autora no ha querido repetir en detalle lo que ya desarrolló en su edición de 1976, citada al comienzo de la presente reseña. El lector, pues, encontrará en las notas históricas de Av. Cameron muchas de las ideas que se exponen en las páginas 242-260, fundamentalmente que el emperador bizantino era la imagen de Dios en la tierra y el estado quería ser el reflejo del cielo en el mundo; cf. mi trabajo "La imagen de la realeza en el Pa-

negórico de Justino II de Flavio Cresconio Coripo", en J. M. Candau, F. Gascó y A. Ramírez de Verger (eds.), *La imagen de la realeza en la Antigüedad*, Madrid, Coloquio, 1988 (en prensa).

Una completa bibliografía y dos índices, general y de paisajes citados, cierran un libro que valora a Procopio no sólo desde la óptica de las *Guerras*, sino también desde la visión laudatoria de los *Edificios* y la satírica de la *Historia Secreta*. Pese a algunas objeciones secundarias, el *Procopius* de la Profesora Av. Cameron será lectura indispensable junto con el estudio de B. Rubin (*Prokopios von Kaisareia*, Pauly-Wissowa, *RE* XXIII 1, 1957, cols. 273-599) para la comprensión del s. VI d. C. Y algo más, su libro me ha incitado a releer con fruición muchos capítulos del gran historiador bizantino Procopio de Cesarea. Una obra tan interesante como la suya no debería dormir el sueño de los justos, como ocurre en nuestro país.

A. RAMÍREZ DE VERGER
Universidad de Sevilla

G. ANDERSON, *Philostratus, Biography and Belles Lettres in the Third Century A. D.*, Londres, 1986, 322 p.

De que la Segunda Sofística esté de moda, es en buena medida responsable el libro de G. W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire* (Oxford, 1969). Él fue el primero en atribuir un significado histórico claro dentro del Imperio Romano a éstos, por lo común, miembros de las aristocracias de la parte oriental del Imperio. También es cierto que algunas de sus conclusiones han sido matizadas (E. L. Bowie, "The Importance of Sophists" en C. J. Winkler-G. Willians [eds.], *Later Greek Literature*, Cambridge, 1982, pp. 29-57), pero a pesar de ello entiendo que se debe a este trabajo el haber situado en una precisa perspectiva social, política y cultural a estos sofistas que hasta entonces venían siendo considerados sustancialmente "hombres de letras" poseedores de alambicadas técnicas retóricas con las que construían un universo arcaizante y ajeno al contexto histórico en el que vivían. Trabajos ulteriores —también alguno anterior— sobre distintos autores de la Segunda Sofística o sobre aspectos específicos dentro de ella han permitido que en la actualidad poseamos una visión mucho más precisa que la que se tenía a comienzos de los sesenta (Cf. la bibliografía recogida por F. Gascó y A. Ramírez de Verger en Elio Aristides, *Discursos*, I, Madrid, 1987, pp. 89-103). En este conjunto existía una laguna que debía ser colmada por una monografía sobre Filóstrato y esto ha sido lo que ha realizado Anderson. Su libro se centra fundamentalmente en las *Vidas de los Sofistas* y la *Vida de Apolonio de Tiana* por entender que las obras menores atribuidas, más o menos, a Filóstrato ya habían sido objeto de buenos estudios (p. VIII).

La perspectiva que utiliza para el análisis de las *VS* es complementaria a la que utilizó Bowersock. Si éste estudió la obra con objeto de ver en qué medida los personajes biografiados por Filóstrato documentaban una serie de hechos y vidas de personajes de cierta relevancia histórica en el Imperio, aquel se ha ocupado de estudiar el punto de vista de Filóstrato al elaborar estas vidas: qué valores delatan, qué modelos defiende, qué sucesos selecciona... Todo ello nos pone en contacto con un ambiente cultural